



Filosofía y ambiente: buscando elementos para una propuesta educativa enfocada en el medio ambiente

POR FRANCISCO JAVIER GUARDADO MENDOZA

fjavierguardado@hotmail.com

Introducción

Si entendemos por ambiente todos aquellos elementos físico-naturales y sociales (económicos, culturales, históricos, etc.) que nos rodean (González-Gaudiano, 1999), entonces estaremos de acuerdo en que el mundo tiene una gran cantidad de problemas ambientales. Rist (2002) y Aledo (2010) mencionan que la mayoría de los problemas ambientales que existen a nuestro alrededor han sido consecuencia de paradigmas occidentales aprehendidos por la mayor parte de la sociedad.

Aldo Leopold señalaba, por allá del año del año de 1949, que los orígenes de muchos de los problemas ambientales que en aquel entonces afectaban al planeta eran fundamentalmente filosóficos. Considerando la gran cantidad y gravedad de muchos de los problemas que arrastramos en la actualidad, creemos que las palabras de Leopold son hoy más vigentes que en cualquier otro periodo de la historia de la humanidad. Y esto es porque creemos que gran una parte de la crisis ambiental que experimentamos, es consecuencia de un amplio espectro de ideales capitalistas aprehendidos por la mayor parte de la sociedad alrededor del mundo, ideales que nos llevan a ver los problemas ambientales desde una perspectiva desinteresada, acrítica e irreflexiva.

Muchas estrategias se han intentado para tratar de enfrentar los diversos problemas que afectan al ambiente. Desde la educación tradicional con sus múltiples materias de civismo y valores, hasta la ya conocidas educación ambiental y educación para la sustentabilidad, entre muchas otras más que, más que lograr fomentar en las personas el ejercicio de pensamientos críticos sobre los diferentes valores y formas de vida que nos han llevado a la actual crisis ambiental planetaria, solo han contribuido a llenar la



mente de los individuos con contenidos acerca de dichos problemas, pero no a reflexionarlos o analizarlos críticamente, por lo que, en la mayoría de los casos, han dado pocos o nulos resultados.

En este tenor, nos preguntamos si la filosofía, entendida como el ejercicio del pensamiento reflexivo, crítico, cuestionador y argumentativo, puede ser una estrategia educativa que contribuya a que pensemos el sentido de nuestra existencia y los problemas ambientales que nos afectan desde una perspectiva distinta a las que tradicionalmente definen nuestro entender y nuestro pensar el mundo.

Todo lo anterior nos lleva a realizar el presente análisis¹ con el cual exploraremos las posibilidades que tiene la filosofía para ayudarnos a desestructurar distintos paradigmas sociales que nos han traído a la actual crisis ambiental planetaria y a pensar el ambiente, sus problemas y nuestra implicación en ello de una manera más interesada, reflexiva y crítica.

Los problemas ambientales y nuestra implicación en ellos

En estos tiempos en los que una gran parte de las personas en el mundo tenemos a nuestro alcance diversos medios de información como la televisión, la radio, los medios impresos y el internet, es casi imposible no saber la gran cantidad de problemas que arrastra nuestro planeta y nuestra sociedad. Por ejemplo, sabemos que el mundo es afectado por problemas como la deforestación, la pérdida de ecosistemas, la desaparición de especies de flora y fauna, la contaminación de cuerpos de agua, atmosférica y del suelo, la sobreproducción de residuos sólidos, el cambio climático, así como otros graves problemas que flagelan a nuestra sociedad como, por ejemplo, la violencia, las guerras, la pobreza alimentaria, la corrupción, el desempleo, la drogadicción, el narcotráfico, el suicidio, el *bullyng*, la obesidad, la discriminación, la violencia de género e intrafamiliar, el pandillerismo, el terrorismo, entre muchos otros más.

¹ Este texto es parte de un estudio de doctorado intitulado: *Filosofía con niños enfocada en el medio ambiente: análisis de una propuesta co-educativa con niños y niñas de Zoncuantla, Coatepec.*



Diversas estrategias se han propuesto e implementado para intentar mitigar o solucionar los problemas ambientales que nos afectan, muchas de las cuales se han enfocado en enfrentar los problemas con su opuesto, por ejemplo: la deforestación con reforestación, el deterioro de los ecosistemas con estrategias de conservación, la cacería de especies en peligro de extinción con leyes que prohíben esta práctica, la sobreproducción de residuos sólidos con campañas de reciclaje, la contaminación del suelo y de cuerpos de agua con jornadas de limpieza, la drogadicción con leyes que prohíben el consumo de drogas, el narcotráfico y el terrorismo con guerras en contra de estos fenómenos, etc. En algunos casos, dichas estrategias han contribuido a mitigar el impacto que aquellos problemas tienen sobre el ambiente. Sin embargo, en la mayoría de los casos muchos de esos problemas continúan creciendo y afectándonos como sociedad y como planeta.

Muchos de estos problemas son parte de nuestra vida diaria y muchos de ellos nos afectan directamente. Otros, sin embargo, no son parte de nuestra experiencia cotidiana, pero sabemos que existen gracias a las diferentes fuentes de información que tenemos a nuestro alcance. No obstante, a pesar de que sabemos que existen diversos problemas ambientales, que muchos de ellos nos afectan o nos podrían afectar en el futuro, y que tenemos la responsabilidad de buscar y construir soluciones en tanto que somos parte de un ambiente del cual nos beneficiamos y necesitamos y al cual con nuestra sola presencia afectamos, hacemos poco o nada para enfrentarlos.

Lo anterior nos lleva a preguntarnos por qué a pesar de toda la información que tenemos sobre los diversos problemas ambientales que nos afectan, y por qué a pesar de saber que muchos de éstos son generados por nosotros y que muchas de las soluciones dependen de nosotros, seguimos actuando de manera tan desinteresada, apática e irreflexiva sobre tales problemas. Quizás Manfred Max-Neef (2008) tenía una parte de la respuesta cuando afirmó que hemos llegado a un punto de la evolución humana en el que sabemos mucho, pero comprendemos muy poco o no comprendemos nada. Este pensador señalaba que el saber es producto de la acumulación de conocimientos, y que solamente comprendemos si nos hacemos parte de aquello que conocemos. De esta forma, podemos afirmar que para saber basta con memorizar, y que



el simple hecho de memorizar basta para saber. En tal sentido, si consideramos que los dos dispositivos de transmisión de saberes más efectivos que existen, tal como lo son los medios masivos de información y las escuelas del sistema educativo tradicional, se vuelven parte de nuestra vida desde etapas tempranas, y que estos dispositivos nos envuelven gran parte de nuestra vida en un proceso de reproducción de saberes diseñado para formar individuos irreflexivos y acríticos para beneficiar a un sistema (económico, religioso, cultural) que necesita de individuos moldeables para existir, entonces comprenderemos cuánto ese sistema nos facilita saber y cuánto ese sistema nos educa para no reflexionar, para no cuestionar y para no comprender los saberes que nos enseña, saberes que se convierten en pensamientos, pensamientos que se convierten en acciones, acciones que se convierten en consecuencias; saberes, pensamientos y consecuencias que afectan directa o indirectamente al ambiente en el que vivimos.

Para intentar entender un poco más lo anterior, hagamos un breve análisis sobre el lugar en donde se encuentran y encuentran lugar nuestros saberes, nuestra comprensión y nuestra reflexión sobre el mundo: la dimensión de los pensamientos.

Los pensamientos

Pensar es un acto innato en el ser humano. Todos pensamos. No hay persona que no piense. La acción de pensar produce pensamientos. Por lo tanto, si todas las personas piensan, entonces, no hay persona que no produzca pensamientos. Sin embargo, existen distintas maneras de pensar y, por lo tanto, distintos tipos de pensamientos. Por ejemplo, podemos pensar reflexiva o irreflexivamente, crítica o acríticamente, racional o irracionalmente, constructiva o deconstructivamente, coherente o incoherentemente, voluntaria o involuntariamente, con mucha o poca creatividad, con mucha o poca complejidad, con mucho o poco interés, como resultado de la experiencia o como producto de nuestra imaginación, etc. Por lo anterior, podemos tener pensamientos reflexivos o irreflexivos, críticos o acríticos, racionales o irracionales, etc.



Tratando de ordenar las distintas maneras de pensar y los distintos tipos de pensamiento, utilizaré tres categorías de pensamiento que John Dewey analiza en su libro *Como pensamos*: 1) el pensamiento reflexivo, 2) el pensamiento como invención y 2) el pensamiento como creencia. Primero, con relación al pensamiento reflexivo, Dewey menciona que éste se caracteriza por ser un examen activo, persistente y cuidadoso de toda creencia o forma de conocimiento a la luz de los fundamentos que la sostienen y las conclusiones a las que tiende. Las ideas de un pensamiento reflexivo no son una secuencia de ideas inconexas que aparecen y desaparecen súbitamente, sino una ordenación secuencial en la que los fragmentos sucesivos siempre surgen de otros y se apoyan mutuamente; es decir, siempre hay unidades definidas ligadas entre sí. En este tipo de pensamiento, cada fase de las ideas que se producen es un paso hacia algo más, y el resultado de aquellas apunta y remite a las que la precedieron. Las unidades de las ideas definidas ligadas entre sí generan un movimiento sostenido y dirigido hacia un fin común, tienen una justificación ajena, por lo que siempre conducen a algún sitio y tienden a alguna conclusión que se puede enunciar, es decir, permiten llegar a conclusiones válidas y sólidas. Este tipo de pensamiento impulsa hacia la investigación.

Segundo, con respecto al pensamiento como invención, Dewey comenta que es distinto al registro que se hace a partir de la observación, por lo que muchas de las ideas que se generan no son percibidas con los sentidos. Sin embargo, en este tipo de pensamiento suele haber sucesiones más o menos coherentes de episodios imaginativos, unidos sin ruptura de continuidad entre sí, que, por lo tanto, pueden ser el punto de transición entre la fantasía y las consideraciones deliberadamente utilizadas para establecer una conclusión. Así, en tanto que pueden tener coherencia y conexión interna, algunas ideas pueden tener apariencia de pensamiento reflexivo, por lo que pueden preceder al pensamiento homogéneo o conducen a él.

Finalmente, con relación al pensamiento como creencia, Dewey considera que esta dimensión es más restringida que las anteriores, ya que abarca todas las cuestiones acerca de las cuales no disponemos de un conocimiento seguro, pero en las que confiamos lo suficiente como para actuar de acuerdo con ellas. Dewey menciona, además, que no es fácil que las ideas que se producen con este tipo de pensamiento



puedan ser fundamentadas, ya que es difícil dar argumentos de por qué se piensa lo que se piensa. Normalmente, estas ideas se han heredado de otros, y se aceptan no porque se hayan examinado, ni porque la mente haya tenido un proceso activo en el logro y plasmación de las ideas, sino porque son creencias comúnmente aceptadas. Las ideas así generadas se dan inconscientemente, desconocemos la forma en que las aprehendemos, pero se convierten en parte de nuestra estructura mental. Estas ideas son generadas por la tradición, la instrucción y la imitación, todo lo cual depende de alguna manera de la autoridad, o bien, redundan en nuestro beneficio personal o van acompañadas de una intensa pasión. Por todo lo anterior, afirma Dewey, aquello que producimos en la dimensión del pensamiento como creencia, son prejuicios, ideas preconcebidas, no conclusiones a las que hayamos llegado como resultado de la actividad mental personal, como la observación, el recuerdo y el examen de la evidencia.

Los pensamientos y nuestra implicación en los problemas ambientales

Considerando las diferentes categorías de pensamiento que describe Dewey, ¿en dónde quedarían nuestros pensamientos sobre el ambiente? Dependiendo. Por ejemplo, podríamos decir que una gran parte de las personas que se interesan y se involucran en el cuidado del ambiente o en resolver los problemas que éste tiene, lo han hecho como consecuencia de un proceso de pensamiento reflexivo que los ha llevado a comprender la imperiosa necesidad que tenemos de involucrarnos para tratar de resolver lo que hace falta. Muchas de estas personas no solamente utilizarían la dimensión reflexiva de sus pensamientos (análisis, crítica, cuestionamiento, investigación), sino también la dimensión creativa, ya que ésta es la que les ayudaría a pensar en nuevas alternativas de acción para hacer frente a las problemáticas sobre las cuales reflexionan. Por otro lado, en la categoría de pensamiento como creencia, podríamos decir que se encuentran aquellas personas que tienen pensamientos tales como “no sirve de nada que yo cuide el ambiente si la mayoría no lo hace”, “no es necesario que cuidemos el ambiente, ya que los científicos siempre encuentran una solución para nuestros problemas”, “a mí no me corresponde cuidar el ambiente, esa es tarea del gobierno” “los problemas ambientales son demasiado grandes, yo no puedo hacer nada para resolverlos”, “el mundo es demasiado grande, mis acciones no lo perjudican en nada”, por lo que es



difícil que personas con este tipo de pensamientos se involucren en el cuidado del ambiente.

No obstante, el pensamiento reflexivo no es premisa de acción a favor del ambiente, ni el pensamiento como creencia es premisa de inacción. Por ejemplo, podríamos encontrar casos de personas con amplia capacidad de reflexión sobre los problemas que nos afectan, pero que no tienen el interés de involucrarse buscando soluciones, o que, incluso, sus acciones son explícitamente perniciosas para el ambiente. O bien, también podríamos encontrar personas que por un motivo u otro no se involucran en procesos de reflexión y que, sin embargo, tienden a llevar acciones de cuidado y resolución de los problemas ambientales que les rodean. En el primero de los casos, esto se podría entender porque si bien es verdad que el pensamiento reflexivo facilita la comprensión de nuestra responsabilidad sobre los problemas ambientales, también es cierto que nuestra implicación para resolver estos problemas muchas veces depende de muchas otras cosas, por ejemplo de la educación que recibimos, cuyo tradicional enfoque hacia la cultura de la competencia y el consumo muchas veces es más fuerte que la reflexión que podamos tener sobre los problemas ambientales; o de nuestros intereses que, a pesar de que comprendamos nuestra responsabilidad sobre los problemas ambientales, se centran en otro tipo de objetivos que no necesariamente son cuidar el ambiente o resolver sus problemas; o de nuestra actitud (apatía, pereza), la cual, a pesar de que comprendamos que es necesario actuar para resolver los problemas que nos rodean y a pesar de que sepamos que tenemos la posibilidad de hacerlo, nos mantiene en estados de inacción sobre aquello que reflexionamos que hace falta hacer; o de la imposibilidad de actuar sobre muchos problemas que comprendemos que existen pero que escapan a nuestras posibilidades; o simplemente de nuestra forma de entender la vida y sus problemas, lo cual, a pesar de comprender que existen problemas a nuestro alrededor, podemos pensar que dichos problemas son parte de la existencia, que pueden ser necesarios o que, incluso, son parte inevitable y hasta necesaria de los procesos naturales de nuestra especie. En el segundo caso, las personas se pueden interesar e involucrar en cuidar el ambiente o resolver sus problemas no a raíz de un proceso de reflexión, sino porque simplemente creen que así



debe ser, ya sea porque siguen una creencia de un colectivo social que actúa a favor del ambiente o porque fueron afectadas por algo que escucharon, leyeron u observaron sobre el ambiente en algún medio de información.

¿Cuál de estas tres dimensiones de pensamiento nos ayudaría a comprender más los problemas ambientales y a involucrarnos más en acciones a favor del mismo?

De las tres dimensiones de pensamiento analizadas arriba, Dewey afirma que el pensamiento reflexivo es la mejor forma de pensar. Estoy de acuerdo con esto si de lo que se trata es de comprender la realidad del mundo que nos rodea y sus problemas, ya que este tipo de pensamiento es el que nos impulsa a investigar lo que observamos, lo que escuchamos y lo que sabemos desde una perspectiva crítica y analítica, lo cual puede ayudarnos a comprender de manera más profunda el mundo que nos rodea, así como a cuestionar con argumentos más claros y sólidos las acciones y estilos de vida que nos afectan. Sin embargo, también debemos considerar el pensamiento como inventiva, ya que éste, al igual que el pensamiento reflexivo, también tiene una gran potencia. Y la potencia de ambos radica en que uno, el pensamiento reflexivo, es el que motiva a la investigación, y el otro, el pensamiento imaginativo, es el que motiva a la creación². Por lo anterior, en tanto potencia distinta y fuerte (reflexiva y creativa) que tienen esas dos dimensiones de pensamiento, considero que ambas pueden ser de gran ayuda para una propuesta educativa enfocada en analizar los problemas ambientales desde la óptica de la crítica y el cuestionamiento, utilizando al mismo tiempo la dimensión del pensamiento creativo para pensar otros modos de pensarnos y pensar el mundo que nos rodea.

¿Pensamiento científico o pensamiento filosófico?

Cabe preguntarnos cómo se vinculan este tipo de pensamientos con la filosofía. ¿Acaso la dimensión reflexiva no es característica también de los hombres y mujeres de ciencia? Es decir, ¿acaso los físicos no usan el pensamiento reflexivo cuando examinan la estructura de la materia, o los biólogos cuando estudian a los seres vivos, o los

² De aquí en adelante lo llamaré pensamiento creativo.



geólogos cuando estudian las montañas, o los arqueólogos cuando observan las pinturas rupestres? O bien, ¿acaso los científicos no son impulsados por su gran curiosidad para explorar los fenómenos del mundo y el universo? ¿Acaso esa curiosidad que tienen no es la que con frecuencia los lleva a posteriores procesos de observación? ¿Y acaso la observación no los lleva a formularse preguntas? ¿...y las preguntas a la investigación? ¿...y la investigación a examinar cuidadosamente esos fenómenos para tratar de comprenderlos, explicarlos y generar conclusiones argumentadas para defender sus descubrimientos? Y cuando sucede esto, ¿acaso no hay otros muchos científicos que, con una gran curiosidad y espíritu crítico, observan, se preguntan, investigan, concluyen y, de ser necesario, cuestionan y comienzan un nuevo proceso de investigación? Y, al mismo tiempo, ¿acaso los científicos no utilizan la dimensión creativa de sus pensamientos para pensar en un problema de investigación y darle estructura y sentido, o para explicar los fenómenos que observan, o para inventar un dispositivo nuevo que facilite la exploración científica, o para crear una solución a un problema del mundo, o para crear una nueva teoría sobre los fenómenos del universo?

Considerando lo anterior, cabe preguntarnos si la experiencia educativa que pretendemos realizar será un ejercicio de pensamiento filosófico o un ejercicio de pensamiento científico. Bien, las dimensiones reflexiva y creativa del pensamiento, así como todos los tipos de pensamiento que se pueden desprender de ellas (crítico, cuestionador, curioso, analítico, argumentativo, etc.) no son exclusivos de la ciencia, de la filosofía, ni de ninguna otra forma de conocimiento. Más bien, se podría decir que los intereses y la aproximación que la ciencia o la filosofía realizan a sus objetos de estudio son distintos. Mientras que la ciencia utiliza el método científico como método de investigación fijo para la producción de conocimientos, la filosofía no tiene método único como método de investigación; mientras que el interés de la ciencia radica en investigar todo aquello que sea susceptible a la verificación (procesos químicos, físicos, ecológicos, geológicos, etc.), los intereses de la filosofía están más abocados a aspectos que no pueden ser verificables con el método científico (valores humanos, trascendencia, vida, muerte, deseos, sentimientos, etc.). Sin embargo, tanto en la ciencia como en la filosofía existe la reflexión, el análisis, la curiosidad, la observación y las



preguntas, así como el interés por investigar, comprender, explicar y argumentar y, por supuesto, el espíritu crítico, cuestionador y la creatividad. De acuerdo con lo anterior, si consideramos que en la experiencia educativa que pretendemos realizar se fomentarían diálogos sobre aspectos como los derechos de los animales, la comercialización de especies, obligaciones o no obligaciones que tenemos como sociedad con el medio ambiente, el consumismo, el *bulling*, la vida, la muerte, la sobrepoblación del planeta, los experimentos con animales, entre muchos temas más que se abordarán desde la perspectiva de la ética, entonces la aproximación de la experiencia que buscamos sería filosófica. Sí, filosófica, pero con un fuerte vínculo a la ciencia, ya que muchos de los temas que pretendemos debatir en la experiencia educativa se relacionarían de una u otra manera a la ciencia.

¿Qué tipo de filosofía?

Entonces, si la aproximación de la experiencia educativa que estamos pensando será filosófica, ahora podemos preguntarnos en qué corriente de las distintas filosofías encajaría el tratamiento que buscamos darle a dicha experiencia. Aquí cabe mencionar que si bien la dimensión creativa del pensamiento sería parte importante de la propuesta que buscamos, la dimensión del pensamiento reflexivo con sus elementos de pensamiento crítico, analítico y argumentativo sería el eje rector de la experiencia educativa que queremos construir. Y si a esto le agregamos que los temas que se van a abordar en las experiencias educativas tendrían una relación directa con la ciencia, entonces encontramos que la aproximación filosófica que pretendemos realizar sería desde la perspectiva de la filosofía analítica.

Sabemos que en sus comienzos la filosofía analítica se centró en analizar las expresiones del lenguaje para demostrar que las fallas en el mismo eran la fuente de los problemas filosóficos. Sin embargo, esta corriente filosófica se ha ido ampliando hasta abarcar a casi toda la filosofía que valora la claridad, la precisión del discurso (Mosterín, 1996) y, sobre todo, el énfasis en la argumentación del discurso como parte del ejercicio de análisis crítico y racional que la caracteriza. Y así lo reportan varios autores. Por ejemplo, Hurtado (2012) menciona que la filosofía analítica pone un gran énfasis en el



rigor conceptual, en el cultivo de la argumentación virtuosa, en la defensa de la congruencia, en la insistencia en la claridad del discurso y en el énfasis en la búsqueda de la verdad. También, Comesaña (2001, p. 117) afirma que la filosofía analítica es “...un estilo filosófico en donde la capacidad argumentativa tiene un lugar central.” Asimismo, Moya (1999, p. 14), explica:

La filosofía analítica actual, con su exigencia de claridad y de argumentación explícita, su preferencia por la precisión frente a la grandilocuencia, por la discusión reflexiva frente a la adulación, constituye un movimiento intelectual que enlaza con la gran tradición crítica de la filosofía occidental y la desarrolla en nuevas direcciones, preservando el compromiso de dicha tradición con la razón y la búsqueda de la verdad.

También, Oller (2013), en palabras propias, explica que la filosofía analítica es “...aquella filosofía que se desarrolla utilizando la argumentación y el análisis conceptual”. Asimismo, citando a Dagfinn Follesdal (1997), menciona que “...el rasgo distintivo de la filosofía analítica es la gran importancia que tienen el argumento claro y la justificación.”

Finalmente, en la introducción de la *European Society for Analytical Philosophy* se explica que la filosofía analítica “...se caracteriza, sobre todo, por el objetivo de la claridad, la insistencia en la argumentación explícita y la exigencia de someter a cualquier propuesta a los rigores de la evaluación crítica y la discusión.”

En este sentido, creemos que el enfoque crítico-argumentativo de la filosofía analítica puede ser de gran ayuda para la experiencia educativa que estamos buscando construir.

Consideraciones finales: vinculando elementos para la propuesta educativa

Hasta aquí, hemos explorado diferentes dimensiones del pensamiento y algunas aproximaciones filosóficas que le podrían dar sentido a la experiencia educativa que buscamos. Por ejemplo, hemos visto que la dimensión del pensamiento reflexivo puede potenciar y detonar el pensamiento crítico, cuestionador, razonado y argumentativo. En tal sentido, un pensamiento crítico nos puede impulsar a re-des-cubrir los diferentes elementos de la realidad que nos rodea o, como dice Leonardo Boff, a descubrir los intereses escondidos y las conexiones ocultas de lo que nos afecta (Boff, 2012), y a



analizar desde la perspectiva del cuestionamiento, la realidad e ideas que se nos imponen, por ejemplo, desde la televisión, la cual, de mil maneras, nos empuja al consumismo, a la vanidad y a la frivolidad, o en la prensa que, controlando la información y al servicio del Estado, convierte a los ciudadanos en sujetos sumisos, temerosos y acríticos, o de las escuelas que, también al servicio del Estado, forman sujetos dispuestos a competir para insertarse en lógicas del desarrollo capitalista. Asimismo, con un pensamiento capaz de pensarse a sí mismo y con la habilidad para argumentar racionalmente lo que piensa y las acciones que de él se desprenden, puede ayudarnos a reconocer nuestras incoherencias, inconsistencias e irrationalidades, y puede ayudarnos a pensar desde otras perspectivas los problemas ambientales que nos rodean y nuestra relación con ellos. En esto último puede contribuir la dimensión creativa del pensamiento, la cual podría facilitarnos las condiciones para, como lo sugieren Sánchez y Aguilar (2009), visualizar, innovar, inventar y descubrir para rechazar soluciones antiguas, considerar alternativas nuevas y, tomando las palabras de Santaella (2006), estructurar, desestructurar y reestructurar los elementos que percibimos para organizar de forma nueva y original la realidad.

Por todo lo anterior, defendemos la idea de que las dimensiones del pensamiento reflexivo y creativo como las describimos arriba, nos pueden ayudar a interesarnos y a prestar más atención a los diferentes factores que son parte implícita o explícita de los problemas ambientales que nos rodean, por ejemplo: las creencias irracionales que reproducimos por tradición y las acciones que llevamos a cabo por costumbre o imitación, muchas de las cuales tienen un impacto negativo para el ambiente. Considerando todo lo anterior, creemos que estas dimensiones del pensamiento pueden contribuir en gran medida a pensar nuevas maneras de percibir, entender y aprehender el mundo que nos rodea, sus problemas y los sentidos que nos mantienen en él.



Bibliografía

Aledo, A. (2010). Sociología ambiental: 5 lecciones virtuales. (Consultado el 11 de noviembre de 2013, en <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/12937>).

Boff, L. (2012). Educación: Críticos, Creativos, Cuidadores. *AL EDUCADOR: Publicación de los Equipos Docentes de América Latina*, 43, 1-30.

Comesaña, J. (2001). *Lógica formal, falacias y argumentos*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Universidad de Buenos Aires.

Dewey, J. (1998). *Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre el pensamiento reflexivo y proceso educativo*. Primera reimpresión. Barcelona, España. Ediciones Paidós Ibérica.

ESAP. European Society for Analytical Philosophy (Consultado el 28 de octubre de 2014, en <http://www.esap.info/index.php?section=1>).

González-Gaudio, E. (1999, 30 de mayo). El Ambiente: mucho más que ecología. *El Universal*.

Hurtado, G. (2012). Qué es y qué puede ser la filosofía analítica. *Diánoia*, vol. LVII, núm. 68, 165-173.

Leopold, A. (2007). La ética de la Tierra (Ricardo Rozzi, trad.). *Revista de Historia Natural*, 80, 521-534, (Obra original publicada en 1949).

Max-Neef, M. (2008). Desarrollo a escala humana. Conferencia dictada en la Universidad EAFIT, Medellín, Colombia.

Mosterín, J. (1996). Grandeza y miseria de la filosofía analítica. En *Filosofía Moral, Educación e Historia: Homenaje a Fernando Salmerón*. L. Olivé y L. Villoro (Eds.). México: UNAM.

Moya, J. (1999). La evolución de la filosofía analítica. (Consultado el 25 de octubre de 2014, en <http://digital.march.es/ensayos/fedora/repository/ensayos:290/OBJ>).

Oller, C. (2013). Argumentos filosóficos. En Solas, S., Oller, C. & Ferrari, L. (Coords.). *Introducción a la filosofía, Argumentación filosófica, Lectura académica*. Buenos Aires, Argentina. Editorial de la Universidad de la Plata.

Rist, G. (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Editorial Los libros de la Catarata

Sánchez, L. & Aguilar, G. (2006). *Taller de Habilidades de Pensamiento Crítico y Creativo*. Universidad Veracruzana. Área de Formación Básica General.



3er Congreso Latinoamericano
de Filosofía de la Educación



FFYL · UNAM · ALFE

Santaella, M. (2006). La evaluación de la creatividad. *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, 2 (7), 89-106.